

CALABAZAS

en el trastero



Steampunk



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Steampunk

Créditos:

Primera edición digital: julio 2016
Código: COD 9785400038635050092

Ilustración de portada: Pedro Belushi

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Julián Sánchez Caramazana

Autores: Gloria T. Dauden, Javier Fernández Bilbao,
Vidal Fernández Solano, Xuan Folguera, Daniel Garrido,
Salomé Guadalupe Inglemo, Juan Ángel Laguna Edroso,
Pablo Loperena, Ricardo Montesinos,
Alejandro Morales Mariaca, Pedro Moscatel,
Oscar Navas Carballo y Martín Salegui

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Steampunk: Un mapa de lugares

Sonidos y palabras se asocian a la palabra punk: punk, ciberpunk, punkrock, streetpunk, o steampunk, etc, etc, –yo mismo lo he desarrollado en sendos ensayos sociomusicales a modo de trabajo de investigación periodística–, entre muchas otras acepciones. Cada una de ellas es una ubicación repleta de ambrosías, de lugares, fechas, cultura y culturas, hasta actitud y filosofías de vida. En lo concerniente al steampunk nos encontramos con una nómina de conceptos, definiciones y alternativas y un boom en la primera década del siglo XXI y finales de la anterior con contundente incidencia en Europa, y, estos últimos años, en España, con asociación a música, ropa, actividades, literatura, la que nos ocupa en esta antología, coldsplay, cómic, cine, publicaciones, modo y actitud y yo diría, aunque no voy a ser quien dé una definición, filosofía de vida, ciencia, fantasía, realidad alternativa, y muchas otras posibilidades.

Memoria

Un pasado, un salto en el tiempo, un modo de vestir, de ropa, de situaciones, de máquinas, de mecanismos, de construcciones, vehículos por tierra, mar y aire, la fantasía y los inventos de una determinada época y, el vapor y el carbón, el recuerdo y la memoria, son más premisas que nos conducen al steampunk, a acercarnos a unas definiciones, a lo que es en sí una atmósfera de retrofuturismo que se encuadra, a su vez, como concepto, en un ambiente, una estética, un tipo de maquinitas muy especiales, espacios abiertos, pero concretos, editoriales y sellos discográficos y marcan una época determinada. Esto es algo que en toda Europa se pudo comprobar durante el pasado.

2013 en países como Alemania, Holanda, Francia, Bélgica y España, por citar algunos lugares, y en ciudades españolas como Bilbao, Madrid, o Barcelona, donde hubo encuentros paralelos de steampunk, muy emocionantes, como el de la Estación del Norte de Barcelona, en septiembre de 2013, o la II Setmana Retrofuturista, en febrero de 2014 en la misma ciudad, en la cual participé como asesor editorial y autor.

Y entre la memoria se ciñen definiciones. Dado que en el soporte digital abunda una muy buena información, traigo, a modo de ejemplo, la del blog **Esfera de Vapor**, que es esta:

«**Steampunk, definición instantánea**

El steampunk es un subgénero de la ciencia ficción que se basa en un mundo donde predomina la tecnología del siglo XIX, especialmente la energía a vapor y la tecnología mecánica, pero mucho más desarrollada que en nuestro pasado o realidad, a partir de este tipo de tecnologías. El steampunk recurre usualmente a realidades supuestas en las que la civilización ha tomado un camino científico diferente al actual, reemplazando la electrónica, los combustibles nucleares y fósiles y otros avances por la tecnología del vapor y del combustible de carbón. Sucede en el siglo XIX, una era victoriana alternativa donde los problemas de esa época conviven con los más extraños inventos propulsados por carbón y vapor.»

En cualquier caso, es tal la abundancia de información, y aproximaciones, que aparecerán en los enlaces de este texto, que creo que el lector puede elegir la que más le apetezca.

No obstante, sin duda alguna estamos en la frontera de la memoria y en el país de la imaginación. Y

el steampunk nos retrotrae, de ahí lo del retrofuturismo, a un apasionante mundo concentrado en Londres, como semilla, en la época victoriana, en la tradición más inglesa conocida, como muy bien retrata **Joseph Remesar** en su novela *El Dirigible* (Dlorean Ediciones, Salamanca, 2013), con todo tipo de máquinas, mecanismos de relojería, ciencia, nuevas tecnologías, incorporadas a la misma ropa, como pudo verse en una pasarela de Madrid recientemente (Semana Gótica), ordenadores, también intrigas, aventuras, espionaje, misterio, escapadas, hermosas y bellas mujeres, un modo de vestir, un estilo gótico también en según que opciones, armas complejas y atractivas, caballeros y damas, misterios y una primera opción, como es la literaria, la ciencia ficción, tal vez ¿desde **Julio Verne**?

Cultura

Así las cosas, visitando webs y memorias, definiciones y todos los lugares y aspectos que estoy cocinando, es interesante dar cabida a este zafarrancho de ideas, términos, países y conceptos desde las imágenes para hacerse una mejor idea. Por lo que recomiendo, por ejemplo, realizar la sencilla búsqueda de `Una+historia+del+steam+punk`, la cual da como

resultado una basta, y fantástica idea, de toda una opción de opciones.

Una serie de imágenes que nos van a enviar a otros países y culturas, como los ya citados, o a México, EE.UU., o Venezuela, entre muchos otros y, como ya dije al comienzo, al mismo punk, encontrando en esa palabra un movimiento alternativo, en lo que es una realidad alternativa, una conducta en ocasiones libertaria, no siempre, pero sí una revolución en el mundo que se habita, y es habitado, así como una revolución para la imaginación y la realidad, y si os dejáis caer por una de sus concentraciones, convocatorias, mixturas y actividades, os encontraréis con una filosofía de vida, de pensamiento, de existencia, y, por lo tanto de cultura, y un culto a la estética, o a la música, la literatura, el cine (*La Liga de los Hombres Extraordinarios*, basado en un cómic de **Alan Moore**), el cómic, por supuesto (*Sebastián O*, de **Grant Morrison**, o *El Asombroso Cabeza de Tornillo...*, de **Mike Mignola**, etc., etc.) y las máquinas de vapor, a los viajes en el tiempo, no podemos entonces olvidar a **H.G. Wells**, o a la orfebrería, como hacen en Izilien (Barcelona), etc, etc.

Ropa, música

Una firma de fotografía, un estudio de estética, hermosas modelos disfrazadas de bucaneras, y piratas, con katanas y pistolas alucinantes, motos, mujeres y hombres disfrazados, o sintiéndose en la época señalada, y mucho más, son un engranaje, junto al misterio y la aventura, en lo literario y en el devenir de la **II Setmana Retrofutista de Barcelona** en la que participé, y como en épocas de caballeros, duelos con retos previos.

La cultura steampunk es una realidad, las bandas de música tampoco se quedan atrás y en su escena nos podemos encontrar con una fusión de sonidos y estilos, de escenas, valga la redundancia, que dan pie a la creación de un sonido, que si yo no definiría como definitivo, es una alternativa personal en lo conceptual, porque si algo tiene esta alternativa y cruce de caminos que es el steampunk, es la conceptualidad, sin llegar a ser ¿un género musical?

Os animo a buscar una larga línea de festivales, sensaciones y grupos que se pueden definir en estos sonidos y encajar a la perfección, siendo el año 2012 una buena época para una conjunción de festivales, o montajes musicales como fue el de Navidad, de **Misi Producciones**, en Bogotá, quedando latente,

con un ejemplo, la influencia del steampunk en la América Latina, destacando tal cantidad de publicaciones entorno a dichos sonidos que de los que voy a dejaros aquí un simple y poco significativo listado, pero pudiendo encontrar, por ejemplo, en el blog **Mercenarios de Dios**, una amplia información y documentación (<http://mercenariosddios.blogspot.com.es/p/proyectos.html>) sin olvidar la cantidad de directorios que se encuentran en Internet y foros musicales, y que un prólogo que se precie tiene que mostrar y no esconder, sugerir y no aleccionar, por lo que aquí también tenéis una amplísima y sabia lección, con profundidad, sobre grupos musicales: <http://chibacity.wordpress.com/2009/10/15/recopilacion-tematica-steampunk-ii-grupos-musicales/>

Y ¿qué más?

Bien, un estilo victoriano, un tipo de sombreros de hombres y mujeres, corsés, trajes, hermosos vestidos de colores para las damas, y también para los caballeros, zapatos, blusas, camisas, botas, botines, relojes, cadenas, elegancia, en fin, una moda, una estética, que nos habla de toda una conducta y comportamiento, visto lo cual los lugares, el mapa trazado en este texto, deviene memoria y concepto

de una cultura. Y entre ello talleres dedicados a la confección, pasarelas de modelos en la mayoría de países y en los encuentros **Steamcom**, o exposiciones, pude apreciarlo en Zaragoza, en la **Expocom** de 2013, con gente dedicada a esto como son **La Cámara del Alquimista**, y si viajáis por las redes sociales, o en el Facebook, encontraréis, o lugares (sitios) dedicados a ellos en exclusiva y, cómo no, modelos de todos los países, que son retratadas para portadas de cómics, ropa en general y portadas de libros, entre muchas otras opciones. Si queréis echarle un vistazo a esto merece mucho la pena y da un repaso interesante:
<http://www.taringa.net/posts/hazlo-tu-mismo/11204931/Steampunk-pequena-guia-practica-para-vestirse.html> y ya para ir de compras: <http://www.crazyinlove.es/>

Literatura

Glamour, un mundo *fashion*, también, una época, y épocas, modernismo, victoriana, eduardiana, una continuidad en una realidad alternativa, una conjunción de muchas de las cuestiones que he expuesto y, cómo no, una serie de inventos, un devenir de la ciencia, describiéndonos cómo podía ser el

mundo de otra manera, desde esa atmósfera, calles, barrios, ciudades y países, en los que las gentes y naciones conviven y se enfrentan, hay guerras, espionaje, dominio del mundo, peleas, contrabando, asesinatos, amores, o aventuras, en plena etapa de descubrimientos, de cambios, de transformaciones, siendo esa, tal vez, una pausable faz de la raíz del steampunk nacida en lo literario, como lo libertario señalado con anterioridad.

Y en este devenir, de la memoria a la realidad, señalando este siglo y década como impactante todo lo que se ha escrito hasta ahora es de agradecer saber sobre estilos, autores, repasos, y antologías, públicos y temáticas que se refieren a ello, como esta inteligente, ilustrativa, y hábil selección personal de la siguiente

web:

<http://www.mundosteampunk.com/2012/12/literatura-steampunk-ii-novelas.html>, la ya citada literatura de **Julio Verne**, autores diversos del XIX, un intenso debate entre si es fantasía o ciencia ficción, género, o subgénero, registros diferentes, como pueden ser los del Dieselpunk, aproximaciones jugosas, como: <http://www.literatura-fantastica.es/steampunk-el-futuro-se-adelanto/>, todo lo cual nos acerca más al concepto en sí, ya he dicho que hay muchas

definiciones, que en lo literario fue acuñado por primera vez por **K.W. Meter** agrupando sus narraciones, y a una singladura entre naciones, horizontes y temáticas, de las cuales en España tenemos amplias referencias y todas ellas muy recientes.

Editoriales como **Neonauta Ediciones** (Bilbao), o **Dlolean Ediciones** (Salamanca), sin olvidar la que para mí es en steampunk una vertiente pulp, o **Tyrannosaurus Books** (Barcelona), son algunos de los ejemplos más determinantes de este siglo y esta década en nuestro país y para eso solo tenéis que consultar su fondo en sus webs y encontraros con joyas como *Steam Tales*, o *La Máquina del Juicio Final*, de **Raúl Montesdeoca** (Dlolean), *Ácronos 1* y *Ácronos 2* (Tyrannosaurus), con una vasta nómina de autores y autoras, así como ilustradores, que dan pie a leer inspiraciones y versiones diferentes.

Y entre este reflejo, síntesis, impacto ya señalado como imponente e importante, tenéis en vuestras manos y ojos esta antología con estilos, registros, narraciones, temáticas, y opciones en el marco de lo literario, siendo cruce de caminos, conceptualidad, y mapa descriptivo, entretenido, imaginativo, de lugares, así como una visión de visiones de lo que la pala-

bra dice y cuenta del steampunk. ¡Disfrutadlo, merece la pena!

Julián Sánchez Caramazana

Escritor, asesor editorial, periodista, educador
social

Ciudad paradigma

Por Javier Fernández Bilbao

Padre murió cuando apenas le faltaba un mes para cumplir los sesenta años. Lo hizo con la aceitera en la mano, enganchado a una enorme biela de 40 pulgadas. Arriba, abajo, su cuerpo se descoyuntó a quinientas revoluciones por minuto antes de salir despedido como un pelele y acabar embutido entre los peldaños de una escalerilla metálica. Dijeron que se resbaló en un estribo manchado de aceite.

Durante el funeral, sus compañeros murmuraron a mis espaldas. Cole Cotton no era tan torpe ni había perdido reflejos. Cuarenta y cinco años de su vida dedicados a subir y bajar largas y estrechas escaleras para atender tres centenares de puntos de engrase de complicado acceso. Alguien de confianza me dijo que pudo haberse mareado con los vapores provenientes de una fuga de gas carbonoso. El tubo de cobre que corría paralelo a un ramillete de conducciones roñosas fue reparado con una brida metálica

antes de que hubieran de llevarse a Cole Cotton repartido en dos camillas. Madre siempre prefirió pensar que no llegó a sufrir, y que perdió el sentido justo antes de caer de espaldas sobre la oscilante maquinaria.

Personalmente no conozco a más de diez hombres que rebasen los setenta años. Todos ellos viven repartidos entre los barrios subterráneos de Ashroot y Grimy Corner, a más de media milla de mi cubículo. Obreros ya retirados que pudieron esquivar la muerte, pero que guardan muchas anécdotas —algunas terribles— para sus adentros. Y sin embargo, les gusta reunirse de vez en cuando para charlar, y hablan sintiendo añoranza del calor húmedo que exhalan las puertas de los talleres y la fundición. Es cierto, les gusta pensar que sus patrones aún los echan en falta. A menudo tienen sueños en los que la sirena los sigue reclamando a la hora en punto, y despiertan creyendo que todavía son indispensables para que la ciudad funcione. Por ello no es extraño encontrarlos repasando sus veteranas cajas de herramientas, limpiando una a una sus llaves y sus alicates. Madrugan mucho por costumbre, y siempre están pendientes de los tubos neumáticos de mensajería por si en cualquier momento les comunicaran

que deben hacer el favor de reincorporarse al trabajo.

Todo sea por la Vieja Ramera.

Lester Douglas siempre lleva colgada al cuello como una maldita medalla al mérito, esa tarjeta perforada bañada en plata que solo se entrega a quien ha acudido al tajo cincuenta años. Y siempre lo veo dándole lustre con un pañuelo gastado y lleno de babas entretanto pasea por el corredor 3-11, o si está sentado en Chain Bridge echando migas de pan a las ratas. Es la coronación del obrero, el miserable símbolo al que se reduce una vida entera. Por otra parte, el viejo Douglas mantiene la costumbre de saludar de lado, para que el ángulo de luz incida bien sobre la superficie de su condenada tarjeta y que de ningún modo pase desapercibida. Desea enseñarme que, lo más probable, es que yo nunca consiga una igual. Y me perderé ese gran momento, el honor que resulta de hacer que venga aquí abajo alguien importante y a continuación me estreche la mano fugazmente y me dedique una media sonrisa mientras diez o doce compañeros aplauden en pequeño homenaje y llenos de sana envidia.

Lester *slacker* Douglas se vanagloria de su pasado obviando que su fama de gandul le precede, y no

deja pasar la ocasión de repetirme siempre la misma monserga y sus batallitas plagadas de embustes. Por enésima vez he de oír cosas de mi abuelo, Lynn Cotton... otro que no lo consiguió. Hallado muerto en el retrete con los pantalones bajados. Mi difunto padre nunca quiso explayarse con los detalles, pero para eso ya estaba el Sr. Les, que no tenía reparos en señalar lo humillante que resultó el que se hablara más de esa peculiar circunstancia que de lo buen compañero que era quien se había jubilado prematuramente por culpa de un fuerte ataque de asma. Ese viejo chiflado debe pensar que hay más honor en acabar triturado por una enorme corona reductora —como por desgracia le hubo de pasar a su sobrino Terry no hace tantos años—, aunque nunca me lo dijera. No importa. Yo tampoco aspiro a conseguir una estúpida tarjeta plateada, ni siquiera por el hecho de honrar la memoria mi abuelo.

Lo que yo ansío ahora es otra cosa bien distinta.

Ariel Preston. Tras su delicada apariencia y su juventud, se escondía una mujer sin par. Imposible borrar de mi memoria el recuerdo de sus palabras prohibidas, de sus mítines cargados con el desconocido aroma de la libertad. Ella nunca se conformó con el sistema, ni toleró las mentiras que lo susten-

tan. Hija de uno de aquellos antaño ruidosos líderes sindicalistas que poco a poco fueron desapareciendo junto a sus alegatos y sus albedríos, Ariel puso todo su empeño en una sola causa, que era abrir los ojos a tipejos como yo: sujetos con el rostro tiznado, las manos sucias de grasa y la cabeza hueca. Elementos que no habrían de importar a nadie y que sin embargo debían personificar la materia prima de su particular rebelión. Para ello tomó un camino, empezando desde abajo, justo de la nada; conspirando en la sombra, maquinando sus planes en reuniones clandestinas...

Y sobre manera, esperando de nosotros algo más que mohines de indiferencia.

Ella, Ariel Preston, venía expresamente a ayudar, a despertar voluntades, a enseñarnos a recuperar la dignidad; y debió molestarse muchísimo de mi inoportuna confianza. Ojalá no hubiese intentado explicarle que, de algún modo, aquí abajo me sentía feliz. A mi manera; de la única manera en que lo son todos en el barrio subterráneo de Garbage Haven: deseando muy poquitas cosas y no pensando demasiado. Supongo que es un mal endémico que afecta especialmente a todos los que habitan el subsuelo. No reparé en que ella, venida de un orbe entera-

mente disparateo al nuestro, nunca podría admitir tales cosas. Entender, que tras pesadas jornadas de diez y doce horas marchásemos a nuestros aposentos con el orgullo del deber cumplido; que cubrir un turno extra por una avería nos hiciese pensar que nuestra querida *Old Farting Bitch* nos lo iba a compensar. Y todo tan solo a cambio de obtener lo más elemental para vivir. Nada más.

Nunca vi a madre necesitada de nada, ni la hallé deprimida o cansada pese a su monótona existencia. Era una mujer sencilla, como todas las madres del subsuelo. Esperaba con la cena lista para cuando saliésemos del tajo, y vernos regresar juntos era toda su felicidad. Salvo ese día que le entregaron el estuche con las cenizas de mi padre, nunca la vi llorar. Jamás volvió a hacerlo en mi presencia. Asumió la pérdida con entereza, casi con naturalidad. Como todas las esposas y madres del subsuelo.

No había frustración en los rostros de los muchachos cuando estábamos en la cantina. Ahora, como antes, se jugaba a naipes o a los dardos mientras se intercambiaban comentarios acerca de mil cosas del trabajo y entretanto Chuck «el gordo» o su hija Gloria nos servían otra ronda de aguardiente.

Cuando niño me eduqué en la escuela subterránea, como era de rigor. Dorothy Rogers nos enseñó lo mejor que sabía durante muchos años y fue algo así como una segunda madre para todos nosotros. Nunca antes me hubiese cuestionado mi educación ni la cantidad de verdades que la Srta. Rogers omitió en sus lecciones de no ser por obra y gracia de la señorita Preston. Buscar a nuestra maestra para pedirle una explicación sería como ir a tirarle a la cara toda la felicidad que nos regaló. No obstante, prefiero creer que no fue culpa suya, sino más bien de los libros que venían impresos bajo las directrices de los consejeros del Domo. Y, sin embargo, no recuerdo que titubeara tratando de explicar a unos niños los pormenores del funcionamiento institucional, ni que se le quebrara la voz al hablarnos de cuestiones políticas.

Recuerdo que salíamos de la escuela en estampida, y alumbrados por los fanales de gas corríamos a casa entre estrechos corredores de ladrillo rojo, brincando sobre los hierros que se hallaban abandonados por las esquinas, atravesando por dentro de los tubos de 50" que formaban una pirámide herrumbrosa al salir de Witches Hall, y zigzagueando entre las columnas de hirviente vapor que

se filtraban a través de las grietas del suelo. Saludaba mientras cogía al vuelo el panecillo untado con mostaza y miel que, como siempre, se hallaba esperándome sobre la mesa; y casi sin dar tiempo a que madre me viese el rostro, cogía la maletita con el almuerzo.

Ese es un buen recuerdo.

Todos los niños dábamos un amplio rodeo por la zona que queda entre los lavaderos abandonados y los antiguos molinos de caliza, un lugar repleto de rincones sucios de escombros y máquinas oxidadas. La luz amarillenta de los talleres apenas asomaba por los tragaluzes llenos de polvo y telarañas, y aquella zona en penumbras tenía para nosotros algo de mágico. Luego atravesábamos oscuros pasadizos que se hallaban fuera de servicio o clausurados, y tras sortear cachivaches y máquinas inútiles desde hace décadas, volábamos recto sobre herrumbrosas pasarelas para al fin descender al subnivel III. Tomábamos la merienda de tres bocados, y continuábamos persiguiendo el rumor constante de la maquinaria serpenteando entre los bidones de grasa y los puntales de madera que sostenían las cintas de los estibadores automáticos de carbón. Y al fin llegábamos justo a tiempo a la puerta del comedor para

entregar el almuerzo a nuestros padres justo cuando aullaba la sirena del descanso.

Después de la escuela, de la adolescencia, pasé un año de formación técnica en superficie. Como era de rigor.

Por vez primera pude respirar el aire sin que mediaran filtros ni ventiladores, pero no me gustó estar escupiendo hollín a cada momento. Ni siquiera la luz difusa parecía hacerme ningún bien, y mis ojos se irritaron y enseguida requirieron de unas lentes ahumadas que allá, bajo tierra, jamás había necesitado.

Nunca podría compararse el indolente plan de enseñanza del Prof. Cornellius Sharratt, o acaso el desabrido método de la Srta. Abigail Reynolds, con los hábitos de Dorothy Rogers, nuestra maestra de toda la vida. Pero ya éramos casi unos hombres, y la Vieja Fulana Pedorra esperaba mucho de nosotros. O al menos eso quería hacernos creer Sharratt y la Srta. Abigail cara-de-conejo Reynolds. Aun con todo, ese año tan horrible tuvo algún momento de interés. Se nos permitió efectuar una excursión para así descubrir las verdaderas dimensiones de la que se apodaba a sí misma en los libros «Ciudad de las más altas chimeneas» (y que yo hubiese rebautizado con

otros muchos y muy poco halagüeños sobrenombres), rodeando en su mayoría el centro de lo que podría describirse como:

Maremágnum de caos y ladrillo rojo y tejados con ostentosos palcos de forja y edificios colocados sin ningún criterio casi abrazados entre sí cuyas enormes torres diríase persiguen en lo más alto cubrirse de negras cabelleras de hollín mientras hacen de sus fachadas precipicios sembrados de estrambóticos ventanales que encierran calles estrechas y oscuras de las que solo se alcanza a distinguir las copas de los sombreros emergiendo entre el humo de los tranvías y el vapor de los respiraderos...

Cada chimenea tenía su propio apelativo y su propia historia. Entre las más famosas estaban Cennennial Chimney (la mayor de todas ellas), Crows Nest, The 4-4-4, Ramrod, Black Cloud... y otra media docena más que superaban con creces los ciento cincuenta pies de altura y que hacían del cielo, infierno. Otras muchas, aunque mucho menos altas, lucían apagadas y maltrechas por el paso del tiempo y la inactividad. Supuse que las que había más al sur corresponderían a los antiguos hornos de Devil's Ashtray, cerrados hace décadas. Desde el mirador de la torre San Jorge era posible apreciar en todo su

decadente esplendor lo que el hombre había hecho y deshecho a orillas del Eels River a lo largo del último cuarto de siglo. Y con ayuda de una lente de aumento, aun apreciar la compleja arquitectura de los puentes colgantes que comunican las dos orillas sobre el Canal de Welfare, e incluso admirarme de que peatones, carretas de tiro y cuadríciclos de vapor transitaran alternativamente de una parte a otra sin que mediasen choques ni atropellos. Bastante a lo lejos podían divisarse las canteras de cinabrio, o las humeantes minas de hulla de Wolfsnout, abandonadas desde el incendio acaecido hace décadas, y que continúan quemándose quién sabe por cuánto tiempo más.

El denso humo y la niebla constituyen un anillo opaco que impide ver mucho más allá, y yo desconocía si era verdad como decían los libros, que aún existían bosques tapizando las colinas, o buques surcando la mar. Y las locomotoras a vapor emergían de entre la niebla o desaparecían dentro de ella, sin que supiéramos cuál era la carga de los convoyes y mucho menos el destino que debían llevar.

Los libros no hablan apenas nada de fronteras, o de las otras ciudades. Ignorábamos casi todo de las cosas que hubiere tras el esmog. Nunca, sino des-

pués de haberlo visto con mis propios ojos, se me habría pasado por la cabeza que las teorías conspiranoicas de Ariel Preston pudieran tener algún fundamento. Pero el recuerdo de una ciudad sumida en vapores y ceniza me hizo sentir inquieto a partir de entonces.

Las últimas memorias que guardo de allá arriba, de la parte visible de la ciudad, tampoco son gratas. Estaba el Domo, la cúpula: oronda y orgullosa, con su enorme tejado circular forrado con planchas de cobre, bajo la cual assembleístas y plenipotenciarios habrían de intentar gobernar el caos. Nadie de los que pregunté sabía de su aspecto real ni conocían apenas nada de ellos. Quién estaba al frente de este galimatías resultaba ser un verdadero misterio al que los idiotas como yo nunca pensamos buscarle respuesta.

No fue agradable descubrir que «los de abajo» no éramos bienhallados en la superficie. De ahí concluimos que la actitud y el trato que nos dispensaban el viejo buitres y cara conejo tenía mucho que ver con eso. Los de abajo, una vez arriba, podíamos ser bastantes más cosas que ciudadanos de tercera. Ese es el sobrenombre despectivo que nos alcanza a todos por igual, ya fuere dirigido a mujeres, hombres,

niños o ancianos. Y el que a mí más me molestaba por encima de todas las comparaciones habidas con animales.

Luego concluyo que si me muevo tan fácilmente como las ratas, si soy tenaz como una comadreja y obstinado como un topo... entonces, Ariel, no me resultará tan difícil volver a encontrarte. Aunque te halles escondida entre medio millón de almas. Sé todo lo que hay que saber de agujeros y rincones, y no me asusto si he de enterrar el hocico en ellos. Recuerda que me he criado bajo las faldas de la Vieja Furcia, al calor de sus nalgas, por lo no me impresionaré de las cosas que pueda ver allá donde te encuentres.

Aquí abajo supongo que todo sigue más o menos igual.

Pasaron meses realizando pruebas con un prototipo de cañón capaz de disparar balas de 88 lb. Lo sabrás. Lo habrás oído. Es un modelo de retrocarga, con retrocesión hidromecánica y cureña de acero laminado. Aseguran que su potencia de fuego es bestial. El suelo entero retumba con sus arremetidas. Por lo que ahora trabajamos preparando los nuevos moldes. Las unidades del modelo anterior se desmontarán y se fundirán a medida que avance la pro-

ducción del 241. Y esto es lo que habré de contarte por el momento.

Como ves, el único propósito ahora es prepararse más y mejor para la guerra. Opino que tras sopesar las capacidades del enemigo habrán decidido espolpear a nuestros ingenieros para que se expriman a fondo. Diríase que, en definitiva, lo han conseguido, y ahora disponemos de un arma eficaz con que hacer frente a... ¿cuánto tiempo llevan preparándonos para esta guerra? ¿Por qué no ha empezado? ¿Acaso el enemigo no está seguro de poder conquistar esta plaza, o por contra sus ejércitos se apostan justo tras la niebla esperando únicamente la señal de sus generales?

¿Es posible que haya pasado un lustro? ¿Tanto tiempo hace desde la última vez que hablamos?

Pronto sabré de ti. Quiero saberlo todo.

¿Sabes a qué dedico mis descansos desde hace cinco años? Me propuse conocer a fondo las entrañas de la Vieja Zorra. Pero un día no da para mucho en la superficie. Piensa en lo que sucedería si «uno de los de abajo» fuese descubierto violando el toque de queda. Los compañeros preguntan dónde paso mi tiempo libre. Chuck «el gordo» se halla muy intrigado con el tema, y sé que mis ausencias son objeto

de debate en la cantina muchas veces. No quiero que nadie sepa que planeo encontrarte. Son cinco años, sí. Pero te recuerdo, Ariel, que el tiempo corre a otro ritmo donde yo vivo. E intento aprovecharlo siempre que puedo.

Aunque los asuntos se centren en torno a la guerra y esta llegue a ser el motor de todas las conversaciones, me puedo permitir huir cuando quiera distrayendo la mente con tu recuerdo. En las noches apenas duermo, y prefiero quedarme en mi cubículo dibujando planos y transcribiendo el nombre de los distritos y calles a medida que voy descubriéndolos durante mis paseos furtivos. No creo que haya nadie que se conozca los barrios subterráneos tan bien como yo.

Existen cuarenta y ocho pozos que conectan el subsuelo con la planta baja de la ciudad. La mayoría se usan para el transporte de materia prima, bultos grandes, herramientas u otros enseres que tienen que ver con la servidumbre de máquinas y hornos. Hay tres montacargas que se hallan fuera de servicio desde hace muchos años en los sectores clausurados. Y por último, los ocho ascensores que sirven a los respectivos distritos subterráneos: al sur, The Burrow y Wishing Well. En el este, Toad House y

Grimy Corner. Al norte, Garbage Haven y Ashroot; y en el oeste, The Anthill y Onions Orchard. Pero sé con certeza que no será aquí abajo donde te encuentre.

Afuera todo es más complicado. Los nombres de las calles son más complicados. También los de los cuantiosos edificios. No estoy familiarizado con tanta nomenclatura, y apenas logro retener en mi memoria el nombre de tres o cuatro chimeneas y un par de elevadas torres. Pero lo llevo todo aquí apuntado, en mis mapas, y para evitar perderme entre sus calles me desplazo con una pequeña brújula heredada de mi padre, cuento los pasos mentalmente, y realizo minuciosos esquemas.

¿Y sabes algo? A raíz de mis paseos he descubierto una cosa sorprendente. Al superponer sobre el papel todo lo que vi y anduve, además de lo que ya conozco del subsuelo, me encuentro con el curioso hecho de que todo parece hallarse dispuesto sobre una trayectoria circular. Y todas las entradas están a milla y media del centro de la ciudad, que es el Domo.

No es posible tener una percepción del entorno al uso habitando bajo el subsuelo. Los espacios se cierran sobre nuestras cabezas y a la mente le cuesta

distraer el hábito de proyectarse casi exclusivamente en horizontal. Además, con el cielo abierto sobre nuestras cabezas uno se siente vulnerable, y caminamos con aprensión y un miedo constante a ir desnudos ante las inciertas amenazas del cielo. No hay tanto temor en que se descuelgue una carga de varias toneladas que avanza colgada de una grúa justo por encima de la cabeza que en presagiar la amenaza de ardientes bolas de fuego, huracanes e ignotas criaturas aladas. Por eso paseamos agachados intentando refugiarnos bajo las cornisas. Y esa estúpida sensación aún me atrapa en ocasiones, pese a las numerosas veces que he querido convencerme de lo infundado de estos terrores.

El hecho es que solo estando en superficie y tras acceder a las torres más altas, uno podría hacerse la idea de cómo están distribuidas las cosas en esta ciudad, que no es sino un caos aparente sobre lo que se me antoja la ordenada caja de un gigantesco reloj. Por desgracia, cuando estoy arriba padezco casi todas las patologías que sobrevienen habitualmente a los habitantes del subsuelo, y a veces sufro ataques de ansiedad, vértigo periférico o, lo que es peor, severos trastornos de pánico. Así es que arriba me muevo igual que un animalillo asustadizo, cuando

no debo esperar sentado en los peldaños de una escalera con la espalda aplastada contra la pared y los ojos prietos. He intentado dominarlos, pero me temo que si no es siendo con tu ayuda, Ariel, no podré superarlo.

¿Qué quieres de mí, Dwight Cotton?

¿Acaso no te es suficiente con ser feliz? Si es así, no puedo dejar de sentirme sorprendida.

Oh, sí, recuerdo que quise hallar en vosotros un resquicio de esperanza, pero no encontré más que un pueblo institucionalizado. La consecuencia de perseverar secuestrando voluntades a lo largo de tres generaciones. Revertir ese proceso es una tarea casi imposible, pero estaba decidida a intentarlo. Y contigo en cierta manera me ilusioné: escuchabas con atención. Tomabas apuntes durante mis discursos. Querías saber más de esos libros, esos de los que nunca antes tuvisteis conocimiento... y sin embargo, no entendiste nada.

Mi comportamiento, mi huida, tan solo fue un reflejo de la frustración que sentí al ver que no podíais desear una libertad que no añoráis. No supe qué más hacer entonces. Y tú, Dwight Cotton, quieras o no, simbolizaste ese fracaso, de manera que te

odié durante largo tiempo. Cuando la memoria te castiga en oleadas, no era el horrible recuerdo de Garbage Haven el que acudía a mi mente, sino precisamente tu rostro. Tu rostro castigado. Tu juventud perdida. Tus manos callosas y tu alma vacía. Así que no sentí remordimientos por dejaros atrás, como tampoco se siente lástima por un pajarillo que trina alegre dentro de su jaula. Han pasado muchas cosas desde entonces, aunque la mayoría es olvido para mí. ¿Quieres saber a qué dediqué todo mi tiempo, toda mi alma, tras reconsiderar la situación? Escucha esto, Dwight Cotton: eso que tu llamas felicidad, es solo un espejismo; un aval de tu conformidad para comportarte como un simple pez que nada a merced de las corrientes.

Enseño en la escuela de formación técnica. Allá donde tú estudiaste, y el lugar al cual acuden jóvenes igual de ciegos que tú. Para ello hube de crearme una nueva identidad, estudiar día y noche, y esperar que hubiere un asiento libre. No fue fácil, pero puedo proclamar orgullosa que conseguí mi objetivo. ¿Y todo para qué? Aquí no necesito mentir. No preciso adoctrinar a mis alumnos con esos libros infames. Solo suplementos de formación técnica. Ya conoces: pasos de rosca, presiones, tornos, polipas-

tos... teoría. En definitiva, todo lo que necesitaríais saber de cara a los próximos cincuenta años. Pero como aquellos pescadores de antaño, he aprendido a ser paciente. Y apostada en la orilla espero sin prisa a mis peces.

No busques en vano. Ariel «Preston» ya murió. Ni se te ocurra intentarlo de la manera en que se piensa en el subsuelo. Y por muy dura que te parezca la verdad de las cosas, has de evitar cualquier tentación de regresar al seguro cubil de tu ignorancia. Por lo pronto quiero que seas consciente de que no hay escondites en esta ciudad para lo que se nos viene encima.

Querría contarte algo de los engranajes que mueven esta ciudad de fantasmas. El Domo. Empezaré por ahí.

Quienes lo habitan fueron unos genios de su tiempo. Hoy, mentes y cuerpos sin fuerzas para seguir adelante. M. Archibald, Witte, Henryson, Mc Cart... y media docena de ilustres mentes más, las cuales fundaron una suerte de sociedad secreta, lo que dio en llamarse «Pastores de la Luna». Sus ideas eran una curiosa amalgama de ciencia, positivismo y fenomenología trascendental, y sus posturas perseguían contrastar las diferencias que hubiere entre un

mundo animado y transformado por sus conocimientos, y uno que supuestamente ocurriera a raíz de su no-existencia. En definitiva, deseaban cuantificar qué deuda contraería el mundo con ellos en base a sus importantes aportaciones científicas. Naturalmente eran sabios endiosados que necesitaban crear un nicho de vanagloria para ellos mismos y así distinguirse de entre todos los genios de todas las épocas respecto a lo que ellos creían «cúspide del desarrollo científico y de pensamiento victoriano». Sin embargo, la idea, pese a toda su carga de vanidad, había nacido de mentes brillantes.

«Hubo un punto de inflexión en la historia de la humanidad, en la cual nuestras necesidades empezaron a crecer justo por detrás de los pronósticos. Sabemos que la máquina de vapor, cima de nuestro desarrollo y sin la cual es difícil imaginarse un mundo industrializado, no es sino la mejor alternativa en tanto, hoy por hoy, somos incapaces de idear otra máquina capaz de transformar en trabajo las poderosísimas energías de las que tenemos certeza. Y deben existir otras, escondidas en la misma naturaleza de las cosas, esperando ser descubiertas quizá después de que el hombre haya conseguido sacar partido de la inagotable fuente del sol, el magne-

tismo o la electricidad. Ya no son necesidades, sino retos, los que enfrentan al hombre cara a cara contra el mundo.»

Henryson, que fue el caballero que pronunció estas palabras, fue un brillantísimo científico que especializó sus estudios en astronomía lunar. Y tanto sabía de ella, la Luna, como que indefectiblemente llegaría un día en que un hombre alcanzaría su superficie plateada en un artefacto movido por fuerzas que escapaban a su imaginación. Para entonces, sus propios logros pasarían a ser, al igual que sus apellidos, meras anécdotas de la historia durmiendo el sueño de los justos en las páginas de un libro de curiosidades científicas.

No obstante, Dwight Cotton, aún hablamos de genios de su época.

Y juntos encontraron la manera de perpetuar sus conocimientos, y con ello, la capacidad de asombrar al mundo. Los «Pastores», encabezados por Henryson, fundaron la que es ciudad de Paradigma a partir de un proyecto que aspiraba a ser en sí mismo la estrella de la Exposición Universal de 1878. El proyecto fue tildado de bárbaro, esperpéntico y monstruoso. Y a todos los efectos era así exactamente.

Pues bien; Paradigma no pasó desapercibida al resto de la comunidad científica, que se vio dividida entre los que encontraron un talento desperdiciado en inútiles quimeras y los que supieron entrever genialidad e inventiva oculta entre grandes dosis de locura. Pero esa historia de tira y afloja entre aquellos hombres de ciencia aquí ya no nos interesa saberla. Sí es interesante saber que las obras siguieron adelante.

Se empezó a fabricar in situ el mecanismo sincrónico que alimentaría el disco de acreación inercial (la máquina que vosotros bautizasteis como «Dead-eye»), y a su alrededor se fueron acomodando todos los elementos auxiliares. El freno pendular para el límite de Roche (la escandalosa «Little banshee»), el soporte centroide regulador del gradiente gravitatorio (The Ivy, ¿no es así como la llamáis ahí abajo?), el sustentáculo de Cardano para el contador de revolución sinódica (Ox Horn), el arbotante del grupo oscilador uniparamétrico... etc., y se instalaron un sinfín de elementos auxiliares periféricos que animarían el conjunto por medio de complejos sistemas de engranajes, árboles cardánicos, turbinas Kaplan y calderas por doquier. Llegaron legiones de obreros seducidos por la buena paga y se crearon

barrios enteros capaces de acomodarlos a ellos y sus familias sin tener que depender de que un caos ferroviario los regresara a sus casas. Se compró maquinaria y se excavaron las canteras adyacentes. Explotaron las vetas subterráneas, talaron los bosques colindantes y los tres hornos de la fundición trabajaron las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días, durante un periodo de seis años.

Cuando Paradigma –la ciudad armonizada con la Luna– se puso en marcha, el suelo trepidó a sus pies, vientos furiosos se arremolinaron en torno a ella y hasta las nubes se detuvieron para recrear lo que hubo de ser un vórtice de altas paredes y resplandores metálicos, ráfagas y destellos pavorosos, que finalmente se abrió a los espacios enfrentándose a nuestro satélite.

Dicen que los que no tomaron en cuenta la orden de sujetarse con los arneses de cuero salieron brutalmente despedidos a causa de la inercia de frenado. Aun así, muchas personas quedaron colgadas de sus correajes; inertes. Aseguran que hubo hundimientos y tormentas explosivas que no dejaron una chimenea en pie, aplastando calles y edificios; y las crónicas vedadas hablaban del derrumbamiento de un barrio subterráneo que dejó enterradas a unas cien

familias. Pero eso tampoco lo encontrarás en los libros, Dwight Cotton.

Cuentan que Paradigma peleó con valentía abriéndose paso entre fuerzas inconmensurables, y que hubo de emplear un día entero en frenarse del tiempo terrestre, anclarse definitivamente al movimiento de traslación lunar y, al fin, quedar suspendida en una haltera disimétrica temporal. Una isla en el tiempo.

Los cielos tardaron en disolverse unas semanas más, los relámpagos cesaron, la tierra dejó de temblar y las aguas hubieron de regresar lentamente a su cauce. Paradigma y sus circunstancias se fueron asentando poco a poco en su nueva ubicación y el mundo debió seguir su camino al mismo ritmo de antes sin apenas sentir que había perdido una escama de su piel.

Deja de pensar que hay ciudades más allá de la niebla, Dwight Cotton. Ni un océano tras las esclusas, ni siquiera un cielo para las ignotas bestias aladas o estrellas para soñar. Solo está la burbuja de roca y gas donde vives, y que flota perdida en un lapso de tiempo circunstancial. Los trenes salen y entran en el humo para dar la sensación de que hay otros destinos de donde volver, pero en realidad dan

vueltas y vueltas pasando siempre muy cerca del precipicio.

Los padres de vuestros padres fueron obreros que acudieron engañados a la llamada de un «futuro mejor». Lo que no podían saber es que en Paradigma no existirían tales objetivos. La maquinaria se mueve para contrarrestar la aspiración que produce con sus giros el campo temporal terrestre y compensar así el balanceo que provocan las libraciones lunares dentro de un sistema binario. Así es como el futuro, el tiempo que nos correspondería vivir, está más de cien años por delante de nosotros. ¿Puedes creerlo?

Cree esto: Paradigma se muere. Sus máquinas están cansadas de tanto trabajar a la contra del mundo. La materia prima se agota y el agua ha hervido tantas veces en sus venas que las fugas supuran herrumbre. Ya no hay manómetros que indiquen lo que deben. Ya no hay bastantes recambios para tanto artificio rajado y obsoleto. Se hunde. Los cimientos crujen y las vigas se retuercen. Los túneles del subsuelo sangran filtraciones almagres y es cuestión de tiempo que acaben inundadas por el cieno. No hay bastante cemento para la cantidad de remiendos que le harían falta. Ya no hay porqué.

Los Pastores hace muchos años que lo saben, pero ya no tienen medios para ponerle solución. Ni siquiera ellos han podido encontrar para sí el adecuado relevo. Todos los aprendices quedaron por debajo... la endogamia mató al ingenio. Sin embargo, no sienten que hayan fracasado en absoluto. Esos cerebros esperan la muerte descansadamente en sus urnas de cristal, satisfechos de sus logros, sincronizados a la ciudad moribunda mientras los émbolos oxidados bombean con dificultad dentro de sus pulmones de acero y sus viejos corazones a vapor pierden el ritmo con frecuencia.

Puede que también te preguntes, Dwight Cotton, qué será de nosotros. Ahí es justo donde entra en liza la guerra, mi estimado pececito. La guerra nos mantiene ocupados, nos mantiene alerta... nos mantiene vivos. El Domo pensó en todo por nosotros.

Creen que Paradigma morirá aterrizando suavemente sobre las colinas del tiempo, descansando al fin sobre su antiguo aposento si, claro está, la tierra hubiese previsto guardarle un sitio en su primitiva ubicación. Quienquiera que sean los que vivan cien años por delante de nuestro tiempo, no podemos ni imaginarlo. Para ellos seremos hostiles desde el minuto primero porque ya no será nuestro sitio, ni

sabrán de dónde venimos, o si hay más fantasmas como nosotros dispuestos a usurpar su lugar. Nos llamarán disidentes, desheredados del tiempo. He aquí los cañones para hacer valer nuestras razones si hiciera falta. Porque están seguros de que, en el futuro, nadie habrá conseguido idear un arma tan mortífera como nuestro 241.

Ahora debo volver, Dwight Cotton.

Mi abuelo se está muriendo. Mi padre ahora está con él, agarrado a un autómatas tras toda una vida de enemistad y resentimiento. Pero es muy importante para mí, y desde que estuve al corriente del acercamiento entre ambos, aguardé precisamente ese gesto.

No espero que lo comprendas todo, y mucho menos mi postura. Pero quiero despedirme del señor Henryson. Pienso que ya es tarde para odiar, pero entenderé que lo hagas. No obstante, si tú quisieras, aún podrías encontrarme. Ojalá.

Sobre el autor de «Ciudad paradigma»:

Javier Fernández Bilbao, ha participado en diversos concursos y antologías, siendo publicado, entre otros, en varios números de «Calabazas en el Trastero». Finalista en varias ocasiones, también ha tenido la suerte de ganar el certamen «II Concurso Zona e-Reader de Ciencia-Ficción» y el «VI Concurso de relatos del Cryptshow Festival».